



EL SACAMUELAS.

PERIODICO JOCO-SERIO

DE TODO MENOS POLÍTICA Y RELIGION.—SALE LOS DOMINGOS.

Rogamos á las personas que por el correo interior nos dirijan trabajos para el periódico, que aun cuando estos vean la luz pública, si lo merecen, ocultando el nombre de su autor, se sirvan firmar la carta con que se nos remitan, pues de no hacerlo así, no se les dará cabida.

EL DINERO.

Dícese, que el mundo todo se halla en completa revolucion.

Esto, que no seremos nosotros ciertamente quien lo ponga en duda, no quiere decir que el mundo no haya estado siempre lo mismo: los hombres de todas las épocas han sido lo

que son ahora: hombres con pasiones, concebidos con el *fomex peccati*, de que nos hablan los de los teólogos, origen y fuente de todas nuestras desgracias.

Lo que ocurre es, que como no vemos los crímenes y males de los que nos precedieron, y sí únicamente nos dan en rostro los que de presente se cometen, de ahí el fundamento de nuestro error, y del falso cargo que dirigimos á la época en que vivimos.

Adelante: el siglo diez y nueve, que tiene ya edad suficiente para tener juicio y no mentir, pues cuenta con sesenta y cuatro años de edad, puede decir lo que le dé la gana, como nosotros estamos en el derecho de decirle que chochea.

En lo que si convenimos como una verdad inconcusa, es en que ahora, como ha sido antes, y será despues, los hombres han sido,

son y serán malos agitarán la tierra, tendrán mil ambiciones, cometerán mil injusticias, y estarán siempre divididos y convertidos en una torre de Babel.

Y esto no debe causar ni admiración ni extrañeza: está en la índole y esencia misma del hombre, en sus intereses personales, y en las consecuencias deplorables de su orgullo y ambición sin medida.

De la exactitud lamentable de cuanto dejamos expuesto, responde la historia antigua y moderna, y de una y otra se deduce, que los que nos han de suceder, no serán de distinta carne y hueso que nosotros.

Hecha la confesión de que somos malos, muy malos, pero sin declarar por eso que seamos peores que nuestros abuelos, veamos como anda el mundo, y quién tiene la culpa de su mal estado.

A nuestro modo de ver, el averiguar la causa de nuestro mal estar, lejos de ser difícil, es muy sencilla. ¿Quiere saberse? pues hela aquí en dos palabras: es el dinero por la adoración que profesamos á este ídolo, que todos á cual mas nos disputamos su veneración.

Y la cosa no deja de ser chocante: mientras que los hombres andan tan eterogéneos en sus opiniones, sean de la clase que fueren, tocante á este punto, hay una unanimidad de afectos prodigiosa.

Vamos á demostrarlo.

Cada hombre es un almacén de misterios tan imposible de penetrar, que si bien se mira, ni él así mismo se conoce.

En asuntos de amor, unos son partidarios de las rubias, otros de las morenas, estos de las gordas, aquellos de las delgadas, quienes están por las altas, cuales por las bajas, etc.

En política, es el cuento de nunca acabar; tan variada es la nomenclatura, que la memoria mas feliz se vé torturada si ha de numerar por su nombre el índice de todos los partidos: hay progresistas, moderados, neos, absolutistas, republicanos, unionistas y qué sabemos cuántos mas.

En religión, tenemos la verdadera que nosotros profesamos, luteranos, calvinistas, mahometanos, cismáticos, idólatras, y otra variedad de religiones y cultos que por sabi-

das omitimos.

Pues bien, esto prueba cuán repartida anda la opinión del hombre, sea cual fuere el punto de vista en que se le estudie.

Pero lo raro del caso es, que este ser tan dividido y subdividido en sus juicios y pareceres, se presente tan compacto y decidido á prestar culto á un Dios ante cuyas aras jamás se cansa de estar postrado.

Este Dios universal, á quien tanto y tanto mimo hacemos, y por cuya posesión, de la que nunca nos vemos hartos, hacemos cuantos esfuerzos son posibles, es el Dios *Dinero*. Sin él nadie puede vivir: es tan indispensable para la vida, como la sangre para el nutrimento del cuerpo y el aire para los pulmones. Su antigüedad piérdese en la noche de los tiempos; y sino fuera porque no queremos que se nos acuse de erudición, buscaríamos su origen, que consideramos coetáneo con el mundo. Tal es pues nuestra opinión, que corrobora la del historiador Josefo en sus antigüedades judáicas, quien hace á Cain inventor de la moneda. Si lo fué, ó no, allá se lo entienda; pero si diremos que la Escritura cita en el Génesis las mil monedas de plata que Sara, esposa de Abraham, recibió de Abimelech; los 400 siclos que fueron entregados á Efron como valor del campo donde debía estar la sepultura de Sara, y otros pasajes que justifican los siglos que lleva de dominación el Dios Dinero. A sabiendas le hemos llamado Dios, y aunque no faltará quien no esté de acuerdo con este bautismo, nosotros le creemos muy adecuado.

Fundamos nuestra opinión, en que es omnipotente de tejas abajo, hace milagros prodigiosos, y recibe un culto admirable de toda la humanidad.

Que es omnipotente, está al alcance del hombre mas obtuso: el dinero todo lo puede, todo lo allana, todo lo vence; es la fabulosa vara de virtudes que transforma y domina cuanto existe sobre la faz de la tierra: á su poder todo cede; el brillo de sus rayos ofusca y seduce, y lo que no ha conseguido el talento, ni la astucia, ni la fuerza de las armas, ha bastado á conquistar muchas veces unas cuantas talegas de oro.

Otras de sus cualidades hemos dicho que

es, el que hace milagros, y ¡vaya si los hace...! ¿quién será el que no los vea, y muy estupendos, los mas de los dias?

Ejemplo.

Juan es un pobre: vive en medio de la sociedad tan ignorado y desapercibido, como el perro vago que cruza por las calles: lo mismo da que sea un hombre honrado, que un criminal: si es lo primero, nadie le conoce; si lo segundo, cuando mas, se le nombra como á un perdido, y se tiene á menos hasta saludarle; pero Juan, ignorándose los medios, y aun sabiéndose quizá que no fueron muy católicos, se hace rico, poderoso: ostenta lujo, pasea en coche, tiene gran número de criados, es en una palabra poseedor de mucho, mucho dinero, y hé aquí que este Dios hace el milagro de transformar á los hombres; y aquella sociedad que le insultaba antes con el desprecio, ó le perseguía, lo acepta, le rodea, lo eleva, lo regenera, se disputa su compañía, mendiga su saludo, se le humilla, y es envidiado y tenido por muy feliz aquel que mas privanza le merece. ¿Puede darse un milagro mas patente? ¿Y habrá quién nos niegue estas estupendas transformaciones? Fuera un loco temerario el que se empeñase en decir lo contrario; pues todos los dias vemos saludar, y dejamos la acera, á personas á quienes antes nos hubiéramos empachado hasta de oír que sus labios pronunciaban nuestro nombre, y todo sin otro fundamento que el que tienen dinero.

Ahora bien, visto cuanto dejamos consignado ¿se extrañará que los hombres rindan culto á esa Magestad cuya potencia es tanta, y tanto su poder?

No, no nos admira; lo que sí nos espanta y nos duele, son los medios de que se valen algunos para hacerse poderosos.

Pero ya se vé, esta Divinidad es tan buen albañil que sabe enlucir las caras de forma que no se parezcan á las antiguas. Obtenida un hombre su posición, nadie mira los peldaños por donde subió á la altura, y solo queda el héroe colocado á la veneración pública.

El dinero, no hay que darle vueltas, es el mago que hechiza todos los corazones: el que lo posee, se le supone que tiene talento,

hermosura, gracia, chiste, y cuanto puede adornar y hacer distinguida á una persona. Usa de un salvo conducto para obrar sin responsabilidad, y las acciones y actos que en *un cualquiera* serían objeto de la mas acre censura, en él son gracias y cosas, hasta de buen tono.

Al que tiene dinero, los aplausos, las felicitaciones y arrastra pies, le siguen por doquiera. Cuantos le hablan, lo hacen con la risa en los labios, y como deshechos en afecto: su amistad se solicita; si dirige un saludo, se recibe como la honra mas distinguida; y no falta quien por hacerse lado, se presta hasta servirle de *cualquier cosa*.

Pero esta adoración que se profesa al hombre poderoso, es una adoración falsa: no es á él á quien se dirige: va encaminada al dinero de que disfruta, puesto que ese mismo poderoso si llega á verse pobre se le vuelve la espalda. Un rico es como un santo de palo puesto en un altar. A los pies de éste se postra el fiel en representación del que está en el cielo, y con fervor le pide: á las plantas de aquel se humilla la sociedad, no por el hombre, sino por el dinero que representa.

El oro, goza también de una de las cualidades del sol, y es la de cegar con sus rayos. De aquí, que en un magnate nunca se vean los defectos. Se llama ser alegre, lo que en un pobre se calificaría de libertinaje: si se embriaga, no hay derecho para decirle borracho; si juega, no es un tahir; si comete injusticias, no le falta quien esté á sus órdenes para defenderlas: si atropella á un pobre, éste difícilmente halla persona que le defienda, porque ¿quién hace la contraria á un rico, para captarse su aversión? Por eso, el dinero, fuera del necesario para procurarse uno el pan nuestro de cada dia, le calificamos de Divinidad funesta: el índice de sus estragos es infinito: apenas habrá en el mundo quien mas ó menos directamente no haya sentido su nefando influjo: Dios mismo á su paso por la tierra, fué vendido por Judas en treinta monedas. Y ¡ay, cuánto se han multiplicado los Judas desde entonces hasta nuestros dias!

El dinero, es el cebo que arroja á muchos por el camino de la perdición:

sible un recuento de las almas que hay en el infierno, veríamos palpablemente que el 99 por 100, las ha precipitado allí ese Dios metalizado. Su posesion, es tan peligrosa como su ausencia. El que le tiene con profusion, suele las mas veces emplearle en usos nada convenientes: el que no le tiene, veese frecuentemente que en tal de obtenerle, le busca por sendas extraviadas. De aquí el mal estar social de que nos ocupamos al principio de este artículo: el poderoso que no piensa mas que en sus goces, insulta la miseria del pobre: el pobre que en frente de sus necesidades ve el exceso de placeres del primero, le aborrece, le envidia, surge en su alma la tentacion de adquirir dinero, y de aquí las revoluciones, que sea cual fuere la máscara con que se cubran, no son otra cosa por lo general, que la lucha entre la obstentacion y la miseria

Concluyamos.

El dinero es una divinidad funesta: lo hemos dicho antes y lo repetimos de nuevo: es útil, cuando le buscamos con honradez para satisfacer nuestras justas necesidades: es peligroso cuando le amontonamos con sed hidrópica, y olvidando nuestros deberes, le hacemos servir de pedestal á nuestro orgullo y de agente para nuestros vicios.

¿Conocerán esto los poderosos?

Bien lo necesitan: que estudien las tendencias de la época, y alcanzarán cuántos son los peligros que les rodean.

Á PACA

EN SU IDEA.

¿Por qué mi corazon en este dia
Siente un grato placer que le enagena
Y el alma rebosando de alegría,
Se encuentra libre de dolor y pena?
¿Quereis saber por qué ¡oh vida mia,
Siento yo esa emocion tan dulce y buena?
Porque hoy ensalza con solemne canto
El mundo entero vuestro nombre santo.

QUEJAS DE AMOR.

Tarde comprendí mi suerte,
Te amé con delirio loco
Y hoy tienes mi amor en poco:
¡Quién pudiera aborrecerte!

No abrigara yo en mi daño
Tal cúmulo de impacencias
Ni sintiera consecuencias
De un terrible desengaño.

¡Ay! ni arrugára mi frente
La inquietud que me devora!
¿Por qué me adormió traidora
Aquél tu alhago aparente?

¿Por qué dijo mentiroso
Tu lábio para mi mal
Que me adoraba leal
En un tiempo mas dichoso?

¿Por qué me mostraste un cielo,
A cuyas puertas llegué,
Cuyo pedestal besé,
Cuya luz me dió consuelo?

¿Por qué comprender me hiciste
La mas hermosa ventura,
Si al fin me quema y apura
El fuego que tú encendiste?

Al ser mi pasion naciente
Ligera melancolia,
Tan solo asomado habría
Con tu desden á mi frente.

Mas viste crecer mi amor
Que estimulaste traidora,
Para asesinarle ahora
Despreciando mi dolor.

Mal haya mil y mil veces
Quien fia de la muger,
Ese incomprensible ser
Mezcla de amor y esquivaces.

Encantadora Sirena,
Fascinias con su atractivo,
Y al hombre coje cautivo
Con tierna, leve cadena.

Pero despues la endurece
Su sarcástico cinismo
Y precipita al abismo
A quien menos lo merece.

¿Traicion tan inusitada
Quién figurarse podría?
¿Y quién muger pensaría
Que fueses tan despiadada?

¡Ingrata, perjura, infiel,
Inconstante, engañadora,
Aleve, falsa, traidora,
Faláz, malvada, cruel!....

Si dicterios encontrara
Mayores la mente mia,
Todos los arrojaria
A tu hermosísima cara.

¡Tal es el daño que hiciste
A mi pobre corazón!
¡Tal la poca compasión
Que con mi angustia tuviste!

.....
.....

Pero ¡ay! un remedio queda,
Miente amor por caridad,
Que parecerme verdad
Tu mentida pasión pueda.

Y yo te creeré alma mia
Y bendeciré tu nombre,
Y no habrá jamás un hombre
Mas demente de alegría.

Y tu esclavo viviré
Y llenaré tus antojos
Y serás luz de mis ojos
Y en tu amor me embriagaré.

MANUEL TORRECILLA DEL PUERTO.

BLANCA

Ó MEMORIAS DE UNA JOVEN.

LEYENDA ORIGINAL

DEDICADA

á D. Juan José Madrigal.

CONTINUACION.

PRIMERA PARTE.

I.

LA ronca campana del Monasterio de la Observancia situado entre las malezas de los Pirineos, tocaba vivamente á alarma á las dos de la madrugada de una noche de 1830.

A pesar del frío intenso que reinaba, sus castas moradoras se veían en los altos chapiteles, buscando con vista ávida

la llegada de personas que las socorriesen; y aquellos dilatados andenes en los que solo antes moraba la dulce tranquilidad de la virtud, ahora se habían convertidos en el tumultuoso laberinto de la turbación y espanto.

La metamórfosis era completa.

Las monjas, pálidas, consternadas, veloces cruzaban buscándose unas á otras, al tiempo que la campana violentada por momentos, esparcía su sonido por toda la comarca, perdiéndose en el silencio de la noche.

Por fin un ¡ay! de consuelo vino á mitigar algún tanto la agitación general..... El resplandor lejano de luces que se dirigían hácia el convento les anunció un socorro, y esto hizo que sus corazones sintiesen una alegría indescripible.

En efecto; los honrados vecinos de aquellas soledades, habían dejado sus lechos, y reunidos, se encaminaban por medio del duro hielo que les obstruía el paso, al socorro de las castas palomas que á Dios consagraran su existencia encerradas en aquellos valles.

Pronto un grito de reconocimiento resonó en las bóvedas del Monasterio: numerosos montañeses impulsados por un entusiasmo religioso, estaban á sus puertas, anhelosos de ofrecer sus servicios á las afligidas monjas.

En esto la Abadesa exhortó al silencio á todas ellas, y sola, se dirigió á recibir á sus favorecedores, á los cuales enteró ligeramente, que á la salida del coro habían notado una puerta abierta, y que la novicia Blanca había sido robada, puesto que no se la encontraba en ninguna estancia del convento.

El asombro se apoderó de los honrados labradores; y el deseo de castigar tan execrable crimen, hizo hervir en sus pechos el placer de la venganza; y unos esparcidos por los valles, otros siguiendo á la Abadesa con solícito afán, otros en fin, ejecutando las órdenes que recibían, principiaron á buscar los autores de tamaño raptó.

Bien en breve todas las colinas se vieron coronadas de gente, y mil hachas de viento ondularon en sus alturas; pero todo inútil; en vano se agitaban tras un misterio que no descubrían; Blanca había desaparecido, y su hallazgo debía dilatarse por algún tiempo.

El alba principiaba á aparecer en Oriente; sus dorados destellos iban formando un débil resplandor. Dilatadas fajas de grana risueñamente enlazadas con otras de esmeralda y rosa, lucían sus vivos colores sobre un cielo sereno, y los mil pabellones que formáran sus desmayados pliegues eran otros tantos adornos del albor matutino.

El reloj del convento sonó las cuatro.

La multitud que durante el periodo anterior se ocupára en recorrer sus cercanías, se hallaba reunida nuevamente sin haber dado con los objetos que deseára encontrar; y las monjas, tranquilizadas de su primer espanto, se despidieron agradecidas de aquellas gentes, que partieron al punto á sus respectivos hogares, refiriéndose mutuamente las conjeturas que á cada uno se le ofrecían.

El Monasterio se halló en su primer estado; pero ¿había de quedar sin investigar la momentánea pérdida de una de sus moradoras? No; lo exigían razones muy poderosas, y estas dieron su resultado.

El sol iluminaba en todo su esplendor; había corrido la tercera parte de su carrera, cuando se practicaba un escrupuloso escrutinio en la sencilla celda de la novicia Blanca.

Tres monjas superiores en autoridad á las demás, ejecutaban este acto de policía, y bien en breve sus deseos se cumplieron al ver sobre una mesa una gruesa carta, cuyo sobre decía así: *Memorias de la novicia Blanca*; estaba cerrada, y según claros indicios, copioso llanto había inundado sus mejillas al estampar su nombre; ¡oh! este papel debía ser funesto, si, porque al tomarle en las manos sintieron estremecerse el corazón; un pavor extraordinario inundó los sentidos de

éstas, y desde luego concibieron la idea cierta de una desesperación violenta.

Entonces lloraron también al ver el escrito las tranquilas compañeras de la fugitiva hermana; y tomándole luego, se dirigieron á la sala de cabildos en la que debía verificarse su apertura.

Allí se vieron congregadas poco después todas las monjas; en sus semblantes estaba marcado el sentimiento, el dolor y la pena, y la silla que ocupára Blanca en este local, cuando se hallaba reunida á ellas, se encontraba derribada en el suelo, en viva señal de luto verdadero.

(Se continuará)

LOS CHARLATANES.

Ha días que me hallo
Fastidiado en extremo
Confuso y agitado,
De gran desasosiego;
Me enfadan los amigos,
Y huyera por no verlos
Hallá fuera del mundo,
Todo me causa tedio;
La música me irrita,
Me incomoda el paseo,
Y lo mismo me ofende
El ruido que el silencio;
Solo, riño conmigo,
Compañía, no la quiero,
El sueño lo reuso,
Y en continuo desvelo
Las noches paso en claro,
Fingiendo devaneos;
Jamás á darme gusto
Atina el cocinero,
Ni sé de lo que huyo,
Ni sé lo que deseo,
Y sin dolerme nada
Aguantarme no puedo.

En tan dudoso estado
Buscando mi remedio,
Llamo por mis pecados,
A un hijo de Galeno,
Hete aquí al señor mio,
Tan soplado y compuesto,
Que Adonis lo envidiara
Y el mismo Gerineldos;
Hace dos mil gestiones,
Que en los pasados tiempos
Llamaron monerías,
Y ahora cumplimientos.

Dice, que siente mucho
 Los males que padezco:
 Si curara de valde,
 Bien pudiera creerlo;
 Pulsa, y enagenado
 Con profundo silencio,
 Estirando las cejas
 Con ridículos gestos,
 Hace como que piensa;
 Sr. Doctor ¿qué es eso?
 Que ha de ser, me responde,
 Con mucho magisterio,
 Que en el pulso se nota
 Un poco movimiento;
 Me alegre, seña clara
 De que yo no estoy muerto:

El accidente es grave,
 Replica satisfecho,
 Y la curacion pide
 Resolucion y acierto,
 Si V. no sana pronto,
 Se morirá muy presto.

Ars longa vita brevis,
 Así lo dice Celso,
 Porque el morbo reside
 Hallá en el cerebello,
 Causa del humor acre,
 Corrosivo y violento,
 Que circula en los tubos
 Con giro circumflejo.

Y el virus alcalino,
 Crispando y conveliando
 Los vasos colatorios
 Del sulfurino suero,
 Es cosa de alterarse
 La tapa de los sesos;
 Las glándulas no filtran
 El líquido superfluo,
 Y el humor retropulso
 Infiltrado en los nervios,
 Se absorve y extravasa
 Al intestino recto;
 De aquí nacen mil males
 De jugos indigestos,
 Que al tubo alimentario
 Exhalan su veneno:
 La digestion claudica,
 Hay eruptos acedos,
 Con flátos nidorosos,
 Borborigmos violentos,
 Dispeptico apetito,
 Fectoroso escremento,
 Y ecsaltados los sucos,
 Remontan al cerebro
 Humos fuliginosos,
 Vertigos manifiestos,
 Vigilias, desvarios,
 Por todo lo que infiero,
 Que V. quedará calbo
 Dentro de poco tiempo.

Tras de esta gerigonza
 Me tizna medio pliego,
 Con unos garabatos
 Tan confusos y crespos,
 Que pues los Boticarios
 Consiguen entenderlos,
 O nada significan,
 O son muy sábios ellos;
 Pero yo en todo caso
 Me inclino á lo primero:
 Con esto se despide
 Ufano y satisfecho;
 Y yo desengañado
 Distintamente veo
 Como á los boquirrubios
 Los hijos de Galeno
 Embrollan con discursos
 Afectados y huecos,
 Con ecsóticas voces
 Campanudos acentos;
 Con cuya faramalla
 Se opinan de maestros
 Algunos charlatanes,
 Habladores eternos,
 Que si en clavo dan una
 Y en la herradura ciento,
 Y suelen de una pulga,
 Levantar un camello;
 Y en prueba de lo dicho,
 El mal que yo padezco,
 Y que el Doctor pondera
 Tan nocivo y funesto,
*Se reduce á que ando
 Escaso de dineros.*

VARIEDADES.

Peligros.—Murcia se halla en plenas ruinas: sus pobres moradores no saben por que calle ir para evitar los peligros que por desgracia les amagan. Se está pues en el caso de que hagamos todos testamento, á la mira de que si reciben la muerte en la calle, merced al saludo de una teja ó de una pared que se desploma, no nos coja intestados. Tambien recomendamos el que se haga confesion general, y que los Sres. Curas lleven el oleo en el bolsillo para socorrer espiritualmente á las víctimas. Cumpliendo ahora con un deber de caridad, fijamos á continuacion los puntos mas peligrosos para que se huya de su paso.

El convento de monjas de S. Antonio.
 El id. de Verónicas.

El Id. de Sta. Ana.

El interior de la Iglesia de S. Lorenzo, que se llueve.

La cruz de la casa de Animas de San Andrés.

La Administracion de Bienes Nacionales.

Los porches del Almudí.

Las cornisas del contraste.

La Iglesia de S. Miguel que se ha hundido en parte.

La plaza pública, que á los 8 años de ser construida de planta y que costó muchos miles duros, tambien se ha caido un gran trozo, y lo que queda de ella se caerá.

El Instituto de 2.ª enseñanza.

La célebre casa de la Frenería núm. 33.

La id. de la calle de Baraundillo número 1.

(Se continuará.)

En las últimas representaciones de la comedia de magia LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA, se han corregido los defectos de que adoleció la primera.

Como aquí.—En la villa de Cieza, gracias al celo de su Sr. Alcalde, se va á pener en los faroles del alumbrado público el nombre de las calles.

EPÍGRAMAS.

Recorriendo el diccionario
 Dos amigos cierto dia,
 El uno al otro decia:
 —Chico, busca rebuznar.
 —Mucho me admira, Macario,
 Respondió el otro que ignores,
 Lo que en tus dichos mejores
 Suelen tanto ejercitar.

Tras de mucho discurrir
 La curiosilla de Adela,
 Le preguntaba á su abuela:
 —Sisar, qué quiere decir?
 —Si te quieres enterar,
 El Sastre, le respondió,

Lo sabe mejor que yo,
 Se lo puedes preguntar.

FERNANDO TORRECILLA Y TOLEDO.

—Diputado quiero ser.

—No puedes ser diputado.

—Y por qué?

—Porque el saber

En tu cabeza no ha entrado.

—¡Gran razon alegas, Juan;

Otra cosa esperaba yo!

¿Pues los mas de los que van

Sirven por ventura mas

Que para decir si, ó no?

ANUNCIOS.

TEATRO DE LOS INFANTES.

Funcion para esta noche á las 8.—1.º Después de una sinfonia, la comedia en un acto, ¡POBRES MUGERES!—2.º *El conjuro de las Hadas*, tocada al piano por la Srta. D. Herbil. Una linda HABANERA tocada y cantada por la misma. 3.º La graciosa pieza en un acto, IMPERFECCIONES 4.º Concierto del célebre compositor Mendelshon, por la Stra. D. Herbil. Un TANGO cantado por la misma.—5.º El baile andaluz EL OLE.—6.º (A petición) EL CARNAVAL DE VENECIA, ejecutado al piano por la Srta. D. Herbil, terminando con la cancion andaluza titulada LA SOLEÁ.

Diligencia de Juan Mendoza y compañía de Murcia á Lorca y vice-versa.

Esta empresa, con el objeto de que puedan reintegrarse los pasajeros del perjuicio que han podido tener en el poco tiempo que ha durado la subida de precios, ha determinado poner los asientos al precio de 20 rs. berlina, 16 interior y 12 cupé, el exceso de peso á 2 rs. arroba y las del comercio á real y medio.

Sale de Murcia de la posada del Telegrafo, todos los dias á las 10 de la noche, y de Lorca á las 7 de la mañana.

EDITOR RESPONSABLE
 Vicente Riera y Rueda.

MURCIA. Imp. de Leandro y Vicente Riera,
 calle del Príncipe Alfonso, número 33.